

**CARTA XVI.****EL FILÓSOFO A TEODORO.**

**T**EODORO querido: á la hora acostumbrada vino el padre, y despues de las atenciones ordinarias me dijo: El extracto, señor, que me leísteis ayer me ha dado la idea de que tambien puedo hacerlos uno que, recapitulando lo mas esencial, os presentará la memoria de todo. Este método me parece útil; porque despues de haber reflexionado las especies, examinando cada una con la debida extension, la reunion de todas en un corto resúmen hace que puedan refrescarse y recapitarse de nuevo. Aunque en este compendio todo se exponga con ligereza, no deja de producir su efecto; porque recuerda lo que se ha dicho, y basta para que reviva la memoria de todo en quien lo ha considerado de antemano.

Por otra parte tiene la ventaja de que se presentan los mismos objetos con otro aspecto, y asuntos de tanta importancia deben ser vistos y considerados de todas las maneras, y por todos sus lados. Puede ser que haya alguna repeticion,

pero la forma será diferente, y tambien habrá especies nuevas. Yo le protesté que siempre le escuchaba con interes, y el padre empezó así.

Ya hemos visto, señor, que la religion cristiana, y la religion cristiana sola ha enseñado al hombre todo lo que le importa saber; que ha disipado todas las nieblas; que ha fijado todas las incertidumbres; que le ha hecho conocer todas las verdades que debe creer, todas las virtudes que debe practicar, y los bienes y males que puede esperar ó temer; en una palabra, que ella es la única que ha podido darle el don precioso de la fe divina, de esta fe en que la providencia y la sabiduría de Dios no relucen ménos que su misericordia; de esta fe que es tan firme como meritoria: firme, porque es bastante clara para determinar al entendimiento, quitándole toda duda razonable; y meritoria, porque es bastante oscura para que nuestra sumision sea virtud.

Me parece que puede compararse á la columna que dirigia á los israelitas en el desierto, luminosa por una parte, y tenebrosa por otra. Así nuestra fe ve con tanta claridad los motivos de creer que obliga á la creencia; pero ve tan poco el fondo de los misterios que cree, que necesita para no dudar de ellos de la mas rendida y perfecta sumision.

Ya hemos visto tambien que si creemos y adoramos á Jesucristo, no es sin pruebas de que este

Hombre Dios vino á la tierra; que él mismo se dijo Hijo de Dios, y el Mesías prometido que anunció á los hombres su Evangelio; que no exigió que se creyese su doctrina, y se obedeciese á su persona solo porque lo decia, sino que aprobó y autorizó su misión con los medios mas capaces de convencer á todos; que los testimonios, documentos y pruebas que convirtieron á muchos judíos y á innumerables gentiles, tienen la misma fuerza para nosotros, y añaden otras muchas que ha podido dar el tiempo, y que todas son de tal naturaleza, que un hombre de juicio sano, á quien no ciegan sus pasiones, no puede quedar con la menor incertidumbre.

Tambien hemos visto que era digno de la Providencia que, mandándonos creer lo que nos dice, nos haya dado los medios de discernir con evidencia lo que ha salido de sus divinos labios; que para esto nos ha dado la razon que examina las pruebas de la fe; y que si la razon no pudiera asegurarse de que los oráculos son divinos, su fe estuviera incierta y vacilante, ó fuera forzada y nada meritoria: para decirlo mejor no seria fe, sino imbecilidad.

Pero que los motivos de creer lo que la fe cristiana nos enseña son evidentes y demostrativos; que con todo hay incrédulos; porque por la mayor parte no los conocen, ni toman el trabajo de examinarlos y comprenderlos; porque no caminan

de buena fe, ni tienen el corazon bastante sano para juzgarlos sin parcialidad y prevencion; porque es imposible que puedan instruirse en medio de sus desórdenes, y de la continua disipacion del mundo; y en fin, porque los ojos que tienen cataratas, no ven la luz del sol, sin que por eso el sol deje de resplandecer.

Que aunque sean tan claros los motivos de creer, el fondo de los objetos es oscuro; que por eso exigen sumision, y que en esto consiste su mérito. Pues la oscuridad es esencial al misterio, y no ménos esencial á la fe: como que para creer es necesario no ver, pues el que ve, no cree sino sabe. El que ve no puede tener fe sino evidencia; el que ve no se somete cuando cree, ni ejercita una virtud; ni puede merecer, porque entonces su creencia no es acto de su voluntad ni sacrificio de su razon, sino necesidad de su entendimiento, que no puede dudar desde que ha visto.

Que en esta economía ó disposicion de la Providencia se manifiesta la bondad divina, que ha querido conducirnos á la vida eterna por mano de la fe, uniendo por este medio nuestra santificacion á su propia gloria; pues dispuso que la sumision de nuestra fe glorificase su verdad soberana, haciéndola el sacrificio de la razon, como quiso que nuestro corazon le hiciese el sacrificio de su amor, y que el esfuerzo que hacemos para

vencer nuestros sentidos nos sirviese de mérito.

Que para que este mérito fuese digno de la alta recompensa que le promete Dios, nos propuso misterios de los cuales unos parecen contrarios á lo que nos persuaden los sentidos, y otros son superiores á nuestra inteligencia: misterios que naturalmente son difíciles de creer, y cuyo conocimiento se ha perdido en muchas regiones de la tierra; que naciones enteras los ignoran, y que hasta en el seno del cristianismo sufren desprecios y contradicciones; pues muchos son combatidos por la heregía, y todos son burlados por la incredulidad. Pero que á pesar de sus dificultades y de tan malos ejemplos, el cristiano sometido los crée y adora, porque sabe el respeto que se debe á la verdad suprema, y abandonando la engañosa guía de su razon y de sus sentidos, solo confia en las luces infalibles de su fe.

Que esta fe exige del cristiano, no una creencia como quiera, sino tan absoluta, que desmienta á cuanto le propongan sus sentidos; que debe imponer silencio á su razon cuando esta se quiera rebelar, que debe hacerla violencia y sujetarla al yugo. Que debe ser tan simple, tan pura y tan entera que ninguna dificultad la detenga, ni la pueda excitar la menor duda; tan plena, tan total y tan perfecta que se extienda á cuantos artículos la fe propone, sin que le sea lícito dudar de ninguno.

En fin, que esta creencia debe ser tan determinada, resuelta y constante, que nada pueda separarlo de ella, ni temores, ni esperanzas, ni halagos, ni tormentos, ni la vida, ni la muerte: tal debe ser la fe y el homenaje del cristiano, homenaje digno de Dios, y que solo se debe á su divina palabra. Sin duda que la carne y la sangre lo repugnan, el entendimiento se resiste; su independencia natural, su curiosidad, su presuncion no se acomodan con esta esclavitud á que le cautiva la fe; pero á pesar de sus rebeliones y repugnancias se sujeta con una sumision sin reserva, porque sabe que Dios lo ha dicho.

¿Y cómo sabe que lo ha dicho Dios? Por dos libros que no puede dejar de reconocer y respetar como divinos é inspirados, y como depósito infalible de la verdad.

El primero fué dictado por Dios en la ley antigua, y escrito de su orden por Moises y los profetas que le sucedieron; por Moises enviado de Dios que probó su mision con milagros tan públicos como repetidos, y hechos á vista de todo el pueblo. No puede dudar de la verdad de estos libros, y de lo que contienen; porque sabe que estos libros que refieren aquellos milagros, fueron entregados por Moises á los hebreos que los vieron, y que estan citados en ellos como testigos, y que estos no solo no los desmintieron, sino que los guardaron con respeto, y los pasaron á sus

descendientes, que hoy los conservan con el mismo culto religioso; pues sus mayores habiéndolos recomendado con tanta reverencia, acreditaron con este hecho la verdad de cuanto en ellos se contiene.

Porque las fiestas, los monumentos y los cánticos que los mismos hebreos consagraron desde entónces á medida de cada suceso, y que hoy mismo renueva anualmente su posteridad, son otros tantos testigos permanentes que atestiguan lo que refieren esos libros. Porque las profecías que desde entónces anunciaron acontecimientos que no podían caber en la prevision humana, y que se han verificado despues, han probado que solo pudo escribirlas una mano divina. Y en fin, porque las promesas consolantes que produjeron tan dulces esperanzas, y que fueron tan notorias y tan religiosamente conservadas, son otros incontestables monumentos que persuaden su divinidad, su autenticidad y autoridad.

El segundo libro es el del Nuevo Testamento dictado para la ley de gracia, y compuesto de los libros de los apóstoles y evangelistas que refieren la vida de Jesucristo, que era el Mesías prometido, su Muerte, su Resurreccion, su Ascencion, sus milagros, los de sus discípulos, la conversion de los gentiles, y el establecimiento de la Iglesia.

Estos libros tienen por lo ménos tantos testigos

como los primeros; pues fueron escritos por autores que vieron ó hicieron los hechos que refieren, y los entregaron tambien á los cristianos, de los que muchos habian sido testigos, y todos los recibieron y veneraron como divinos, acreditando con su consentimiento y reverencia cuanto dicen.

Del mismo modo las fiestas, los monumentos y los ritos que empezaron desde entónces, son otros tantos testigos permanentes de los hechos que suponen, y garantes no ménos persuasivos de los mismos libros. La extension de la Iglesia es prueba palpable de su establecimiento y de la conversion de los gentiles. Y ademas de estas pruebas patentes sus testigos son de una especie tan rara, que padecieron la muerte en los suplicios mas terribles por confirmar la verdad de lo que habian escrito, sin que jamás ninguno se hubiese desmentido.

Estos dos libros tienen en sí tanta conexion, y tan necesaria dependencia, que el primero es hecho para el segundo, y el segundo nace del primero. El primero anuncia y promete, el segundo verifica y cumple; si el uno es divino, el otro no puede ser humano. Así por testimonios, por monumentos, por hechos, y por cuantos medios pueden asegurar á la razon, sabe el cristiano que aquellos libros son divinos, que el Espíritu de Dios los ha dictado, y que no solo debe creer

cuanto le dicen, aunque no lo entienda, sino tambien practicar cuanto le mandan.

¿Y qué le dice el primer libro? Le cuenta la historia de la creacion del mundo, le manifiesta el plan de los designios de Dios y de su conducta con los hombres. Le informa que el cielo y la tierra son obra de un Criador omnipotente, que el hombre fué la última y la mejor criatura que salió de sus manos sobre la tierra; porque le crió á su imágen, lleno de inteligencia y de justicia; pero que el hombre ingrato violó el precepto de su Hacedor, y perdió todos los privilegios de su origen.

Que por este delito sus desgracias se comunicaron á su posteridad, y que la infeccion del tronco se propagó á las ramas; que habiéndose estas multiplicado en muchas familias, se vieron obligadas á dividirse y morar dispersas por la tierra; que con su separacion y el transcurso de los siglos perdieron la memoria de los hechos primitivos, que apenas les quedó una nocion vaga y confusa de su grandeza pasada; que alteraron la idea de su Dios y su Criador, desfigurándola con sus propias invenciones, y que olvidaron por entero la promesa del Reparador que Dios ofreció á Adán al instante que reconoció la enormidad de su delito; que esta idea y esta esperanza no se conservó sino en Abraham y sus descendientes, á quienes Dios la habia renovado en diferentes ocasiones.

¿Y qué le dice el segundo libro? Que este Reparador prometido á Adán, renovado á los patriarcas, confirmado por Moises y los profetas posteriores, que no solo dieron las señales por las que debia ser reconocido, sino que fijaron hasta el tiempo de su advenimiento; que este Mesías tan esperado, tan anhelado y tan llamado por los corazones religiosos, cuando se cumplió el tiempo en que los profetas le habian anunciado, llegó por fin, que nació Jesucristo, y que en su persona se realizaron las figuras, y se cumplieron las profecías.

¿Y que le dicen los hechos, los monumentos y testigos? Que Jesucristo dijo que él era el Reparador, el Enviado, el Mesías prometido por Dios, y que probó serlo ejerciendo sobre la naturaleza un imperio que solo Dios, ó quien obra en su nombre, es capaz de ejercer; que es verdad que propuso misterios elevados é incomprensibles y superiores á la razon humana; pero que todos ellos son grandes, dignos de Dios, y propios para servir de remedio á nuestros males.

Que su doctrina es mas pura, mas santa y sublime que cuanto hasta allí habia podido descubrir la ciencia humana; que su moral asciende á una perfeccion que la filosofía no hubiera podido imaginar; que sus promesas son magníficas y eternas, propias para hacer desabrido todo lo que acaba con la vida; pero que sus amenazas son terribles y espantosas.

Quando el cristiano ve que en Jesucristo se cumplieron todas las profecías; que él mismo hizo otras no ménos asombrosas que se verificaron igualmente; que probó su mision con tantos y tan notorios milagros; que no solo formó discípulos invencibles, que ni la muerte ni los tormentos pudieron hacerles titubear, sino que los mismos convirtieron muchos corazones duros, que á pesar de la extrañeza de su doctrina se sujetaron á la severidad de su ley.

Quando ve que estos discípulos no solo refieren la santidad de su maestro, sus prodigios, su Resurreccion y su Ascension; no solo lo sostienen á pesar de las amenazas, y en medio de los dolores, sino que á pesar de todas las resistencias consiguen con tan débiles medios establecer y propagar su religion: ¿cómo puede desconocer su infinita prevision, su poder supremo y absoluto, y su divinidad? ¿Qué puede hacer sino echarse á sus piés, adorarle, oírle con el respeto que se debe á la suma verdad, y darle gracias de haberle criado en medio de una religion tan manifestamente divina?

Todo contribuye á llenarle de veneracion á la misma religion: la antigüedad de su origen, su constante uniformidad, y su inalterable duracion, que no solo abraza los siglos que han corrido despues de Jesucristo, sino que asciende á los pontífices de la ley, que representaban al pontí-

fice de la ley nueva; y de ellos sube por Aaron y Moises hasta los primeros patriarcas, que fueron los que recibieron y comunicaron la promesa del Libertador. No se puede indicar la mas ligera interrupcion ni en la sucesion de sus ministros, ni en la predicacion de su fe. Tampoco es posible señalarla otra época que el nacimiento del mundo, ni otro principio que el mismo Dios.

¿Y qué mas es menester para derribar á sus piés todos los errores y supersticiones de la tierra? Las falsas religiones que se han levantado en diversos lugares y diferentes tiempos, tambien aspiran al título de verdades; pero por su desgracia las desmiente un hecho positivo que no puede olvidarse ni encubrirse. Este hecho es su misma novedad; pues á pesar de todos los artificios es fácil señalar á cada una el día en que nació. Y desde que la época de su nacimiento no es la del principio del mundo; esto basta para convencerla de impostura. Porque supuesto que Dios crió al hombre á su imágen, y para que le conociera y amara, era consiguiente que le diera los medios. Así toda religion que no puede subir por línea recta al momento de la creacion, no es obra de Dios sino invencion humana.

El cristiano ve tambien su constante uniformidad, que no ha sido alterada jamas, y en este Augusto carácter, que es privilegio singular, reconoce la mano omnipotente que la sostiene. Obser-

va que todo lo que existe varia sin cesar: que leyes, costumbres, pueblos, imperios, que en fin todo se muda; porque quanto es humano ó terrenal está sujeto á la inconstancia y á la movilidad de su origen; pero que un pueblo solo escogido entre todos los pueblos de la tierra para ser depositario de los oráculos divinos, ha sido especialmente conservado para que siempre pueda serlo.

Ve que en medio de tantas ruinas tan enteras, de tantos destrozos tan completos de innumerables y vastas naciones, que sin dejar el menor vestigio apenas obtienen vagos y confusos recuerdos, este pueblo corto y miserable, arrojado de sus hogares y despojado de su herencia, es el único que contra el ejemplo universal de todos los demas que se han disuelto, subsiste todavía, y que subsiste para ser testigo permanente y mudo, que á su pesar certifica la verdad de una religion, que sola es inmutable como el Dios que nos la ha dado.

El cristiano ve tambien que en esta religion jamas se ha podido alterar el fondo y la substancia de sus dogmas; y que es fácil probar por una multitud de monumentos auténticos, que á pesar de las revoluciones de los siglos, nunca ha sufrido la menor variacion: que en la ley de la naturaleza y en los dias de los patriarcas, que en los de Moises y la ley escrita, que en los de David y los profetas, que despues de la vuelta del cautiverio has-

ta la nueva alianza, que en tiempo de Jesucristo y de la ley de gracia, que en los siglos que precedieron al Mesías y en los que han corrido hasta nosotros, que cuando el culto de Dios estaba reducido á un pueblo solo, y cuando segun las profecías se derramó por las naciones; en fin, que en todas partes y en todos tiempos siempre ha sido la misma, que siempre ha adorado al mismo Dios, creído los mismos misterios, profesado los mismos dogmas, y esperado ó recibido un mismo Salvador.

Sabe que siempre ha reconocido que el hombre no puede ni es digno de acercarse á su Dios, sino por la gracia y los méritos de Jesucristo, su Mediador divino: que esta ha sido siempre, como es hoy, su unica esperanza; que los patriarcas, los profetas y los antiguos justos no tuvieron otra fe ni otra religion; que si nosotros gozamos de su venida, ellos vivian de sus esperanzas; que se consolaban con la promesa, que suspiraban por su cumplimiento, que como nosotros, se consideraban ellos extrangeros en la tierra y ciudadanos de la patria celestial; que no esperaban tampoco el perdon de sus culpas, y el recobro de la gracia, sino por la fe de los méritos futuros de Jesucristo; y de este modo reconoce que su religion ha conservado una uniformidad constante y perpetua. Su duracion es otra prueba que le convence

de que Dios es su autor, y la sostiene con su poder; porque el cristiano echa la vista sobre tanta multitud de sectas diferentes, que han inundado la tierra sucesivamente, y observa que despues de haber durado mas ó ménos á proporcion de lo que fueron protegidas, al fin todas se han disipado sepultándose en el abismo del olvido; pero que su religion que nació con el mundo, dura todavía, y que no puede deber este distinguido privilegio ni á los hombres ni á los sucesos, pues ella sola ha sufrido mas combates y persecuciones que todas las otras juntas.

Sabe que el pueblo judío, su primero y fiel depositario, fue esclavo muchas veces de los fieros conquistadores de Asiria y de Babilonia; que se vió arrancado de sus lares paternos para ser transportados á reinos extrangeros; que todas sus desgracias, miserias y trastornos no parecían propios, sino para aniquilar su religion y destruir hasta su memoria, y que con todo subsiste todavía con el pueblo mismo, perservándose sola del destino comun de las cosas humanas mas robustas y ménos combatidas.

Sabe tambien que ha mas de mil y ochocientos años que esta religion con la venida de Jesucristo se elevó á ser cristiana, y en este largo intervalo la ha visto sufrir los mayores peligros, y los mas terribles combates; pero tambien ha visto que nada la ha podido alterar: que esta religion santa

que al principio del mundo salió de la boca divina, sobrevive á todos los errores que inventaron los hombres, que ha sabido atravesar con paso firme todos los siglos, y subsistir intacta en medio de la disolucion entera de todo lo demas; que ni la malicia de las pasiones, ni los esfuerzos del infierno, ni la osadía de los novadores, ni los artificios de los hereges, ni aun los vicios de muchos de sus hijos que han profanado su pureza, ni finalmente la lima del tiempo que todo lo devora, ha podido no solo abatirla, pero ni desquiciarla.

Tambien ha visto que tantas persecuciones y combates, léjos de hacerla perecer, han contribuido á darla mas firmeza, y hacerla mas augusta; que la sangre de sus mártires era el riego con que se multiplicaba y florecia, que los esfuerzos de sus enemigos no han servido mas que de aumentar su gloria; pues por mas que ha sido atacada, nunca ha sido vencida.

¿Quién, viendo unas resultas tan contrarias á las ideas de la prudencia humana y á la experiencia de todas las cosas y de todos los siglos, no admirará como un milagro continuo, esta perseverancia de victorias inverosímiles, este renacimiento de triunfos increíbles? ¿Quién no dirá como Gamaliel, el mas prudente de los judíos, una obra que todos los esfuerzos de los hombres no han podido destruir, es necesariamente obra de Dios? Por eso el cristiano no se inquieta, aunque la vea



combatida. Sus triunfos pasados le responden de su gloria futura, y no duda que sus mas encarnizados enemigos al fin han de rendirse y adorarla, ó serán ellos mismos víctimas de su propia osadía.

Bien ve que los incrédulos de nuestros dias trabajan en destrozár la herencia del Señor, y que se glorifican de sus tristes victorias; pero espera que su delirio tendrá un término, que llegará el dia en que á los ojos de nuestros descendientes no sean mas que lo que hoy son á los suyos, y á los de los hombres instruidos y virtuosos. Sabe que no deben su celebridad y sus secuaces ni á la bondad de su causa, ni á la superioridad de sus talentos, sino á nuestras pasiones y miserias.

Se persuade de que hemos irritado al cielo, y que para corregirnos los ha hecho instrumentos de su cólera; pero espera que habrá un dia de misericordia; y que entónces los hombres desengañados de tantos errores no se dejarán deslumbrar por el oropel de una filosofia falaz, y que llegarán á conocer, que el amor de la independéncia, y el orgullo de ostentár opiniones singulares, léjos de ensalzar al hombre, le degradan; porque solo el amor de la verdad, y la práctica de la virtud pueden producir la verdadera gloria.

Sabe tambien que esta esperanza no es vana, que el empeño no es árduo, ni su logro difícil; pues si el gobierno por su propio interes lo desea, y aplica sus medios; si el clero por su parte

cuida de su mayor instruccion y mayor pureza de sus contumbres, uno y otro pueden reformat las naciones cristianas, presentando á los pueblos la religion cristiana con la noble y magestuosa simplicidad que la pertenece, tal como salió de las manos de Dios, y tal como la predicaron los apóstoles, y con su doctrina purgada de lo que tal vez añade la supersticion, y con su culto despojado de todos los ejercicios que no son dignos de ella.

Que las autoridades superiores tienen en su mano todos los medios de conseguirlo, y que solo falta que tomen las medidas proporcionadas y eficaces para que todos sus pueblos se apliquen y aprendan bien el magestuoso y sublime plan de nuestra santa religion, recobrando y conservando su pureza original y primitiva; que entónces admirando su hermosura, estarán todos íntimamente convencidos de su verdad, y así no quedará pretexto á los incrédulos ni para el desden ni para la calumnia.

En fin, señor, cuando el cristiano no tuviera otra prueba que los milagros de Jesucristo y de sus discípulos, esta sola seria incontrastable, y autorizaria cuanto su religion le enseña; porque es evidente que nadie puede hacerlos sino Dios, ó el que tiene su virtud, y obra con ella. De este principio tan sublime y claro resulta que si Jesucristo hizo milagros, tenía y obraba con la virtud de Dios; y como Dios no puede autorizar la menti.

ra, es indispensable confesar que se debe creer cuanto ha dicho, y obedecer cuanto ha mandado. Así, para el que duda nada le queda que examinar, sino si es verdad que hizo milagros; porque el que cree esto, no tiene ya que indagar mas.

Que Jesucristo hizo muchos milagros, y milagros de extraordinaria magnitud, públicos á la vista de todo el mundo, es cosa tan probada y tan evidente, que es imposible que una razon que busca la verdad con buena fe, pueda resistirse á la conviccion. Es imposible negar que Jesucristo no haya forzado á los demonios á salir de los cuerpos, que no haya dominado con imperio á los elementos, que estos no obediesen á sus voz, que no aplacase las olas irritadas ni calmase las tempestades; que no sanase los enfermos, que no diese vista á los ciegos, oido á los sordos, salud á los leprosos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos, y en fin, que no hiciese los prodigios que refieren los evangelistas, y que no caben mas que en el poder de Dios.

Tampoco se puede negar que no haya hecho todos estos milagros expresamente para probar que era Hijo de Dios, su Enviado, y el Mesías prometido; pues él mismo dijo (1): *Las cosas que yo hago, ellas mismas dan testimonio de mí. . . . si no creéis á mis palabras, creed á mis obras;* y que lo hizo para publicar su Evangelio, para enseñar la

(1) Joan. v. 36. & x. 38.

adoracion de Dios en espíritu y en verdad, y para dar una nueva y mas perfecta regla de costumbres. Recordaos, señor, de lo que hemos dicho en cuanto á las circunstancias que acompañaron estos milagros: su variedad, su multitud, el tiempo, las ocasiones, los lugares, los campos, las plazas públicas en que pasaron, las innumerables gentes que los vieron, y que no solo los atestiguaron, sino que por ellos se convirtieron, recibieron la fe, y compusieron estas tropas de cristianos primitivos, que fueron tan célebres por su celo y virtud.

No olvideis que una gran parte de estos testigos oculares sufrió la muerte en los suplicios mas atroces por confirmar la verdad de estos milagros; que estos testigos tan diferentes y numerosos no solo no tienen tacha, sino que eran respetables por su desinterés y altas virtudes; que eran hombres, que hacian milagros ellos mismos, y aseguraban haber visto los de Jesucristo; que eran hechos en que no podian engañarse, y que no solo los publicaron á riesgo de su vida, sino que fueron á publicarlos á las extremidades de la tierra, sin que jamas se haya ninguno desmentido. En fin, refrescad en vuestra memoria lo que sobre esto hemos conferido, y veréis que no hay hecho de historia que esté tan probado, tan atestiguado, y merezca ser tan creído.

Pero dejando aparte tantas y tan evidentes

pruebas, quisiera fijar vuestra atencion en un milagro.... pero milagro de una especie nueva de que no se halla ni ejemplo ni modelo. Hablo de la Resurreccion de Jesucristo, al que podeis juntar el de la Ascension, que tiene todavia mas testigos, y mayores y mas patentes pruebas. Acordaos de lo que hemos dicho sobre estos dos milagros. Haced memoria de que vos mismo me confesásteis, que si era posible probar que Jesucristo despues de haberlo predicho, resucitó por su propia virtud, y pudo á la vista de sus apóstoles y otro gran número de personas elevarse de la tierra hasta perderse de vista en las inaccesibles alturas del cielo; esto solo debe bastar para no poder dudar que era verdad cuanto dijo, esto es, que era Dios, Hijo de Dios, su Enviado y el Mesías prometido; y por consiguiente es indispensable creer cuanto dijo, y obedecer cuanto mandó.

No pretendo repetiros las pruebas de que ya hicimos mencion; pero os suplico que las renoveis en vuestra memoria, que reflexionéis sobre la multitud de documentos, monumentos y testigos que comprueban estos dos hechos, que no hay ninguno en la historia ni tan seguro ni tan incontestable. Reflexionad que el que no quiera multiplicar sus atenciones en la diversidad de las pruebas, hallará en la evidencia de estos hechos con que aquietar su corazon; y que ellos solos bastan para disipar todas las dudas, fijar todas las

incertidumbres, y arrebatar ó determinar la mas firme y sosegada creencia.

Os aconsejo, señor, que las examineis muchas veces y muy despacio á vuestras solas. Es imposible que pruebas tan poderosas, que cierran todas las puertas á los subterfugios, no cautiven vuestro entendimiento, y no arranquen como con violencia el asenso de vuestra buena fe. Ellas os obligarán á decir: Si Jesucristo es Dios, yo debo, amarle y adorarle, yo debo obedecerle; y cuando el orgullo, las pasiones ó los límites de la razon humana pretendan inquietaros con nuevas dudas, temores ó sospechas, vos podréis con sola una palabra imponer silencio á todos esos enemigos inquietos y mal instruidos. Decidles: Callad, que Jesucristo resucitó, y él nos lo asegura.

No olvideis tampoco que los apóstoles y demas discípulos que atestiguaron estos hechos y todos los otros de la vida de Jesus, se dividieron despues para obedecer á la órden de su Maestro, y predicar el Evangelio á las naciones; que cada uno fué por su lado á region diferente, y que aunque separados y sin poder concertarse ó sostenerse, siempre se mantuvieron firmes, confesando en medio de los tormentos mas horribles la Resurreccion y los demas hechos; que estos hombres eran de tal especie, que no solo hacian tambien milagros, sino que tuvieron el poder de comunicar á otros el mismo don, y que este divino don, y el de

la santidad de su vida fueron los medios con que pudieron, á pesar de su pobreza y ningun crédito, fundar tantas y tan numerosas iglesias.

Tened presente, que testigos de este carácter, que pasaron tantos trabajos para defender una religion, cuyo primer principio es la verdad, no se hubieran dejado martirizar por sostenerla, como igualmente por sostener la Resurreccion y los demas milagros, si no los hubieran creido ellos mismos: que si los creyeron no podian dejar de ser ciertos, pues todos consistian en hechos palpables, en que no cabe engaño. Reflexionad que no hubieran podido convertir á tantos, ni persuadirles cosas tan extraordinarias, si no hubieran hecho milagros en su presencia; que si no los hubieran hecho, no se hubieran convertido tantos, y ménos aseguraran haberlos visto, cuando esta confesion los llevaba al suplicio. Y que pues no se puede negar que lo decian, porque los mártires cristianos no lo eran sino por esta causa, debeis inferir que la Resurreccion de Jesus, los milagros de los apóstoles y de sus sucesores estan demostrados con una evidencia superior á la de todos los hechos históricos.

No os fastidiaré repitiendo lo demas que os he dicho; pero os pido que lo renoveis en vuestra memoria, que lo mediteis, que lo compareis; y no tengo duda que cuanto mas lo examineis por todos lados quedaréis convencido de que Dios se ha

dignado de rodear á su religion de cuanta luz era menester, para mostrarnos que salió de su divino seno. Que la cadena de milagros, monumentos y testigos con que la ha ceñido, no permite que se nos esconda su sabia y poderosa mano; que Dios hizo todo lo que era necesario para convencer á los hombres, y no dejar excusa á los que por satisfacer sus pasiones cierran los ojos para no ver la luz.

Así es, señor. Todo nos manifiesta, que este Dios de inmensa misericordia, debiendo satisfacer á su justicia por el pecado del primer hombre, nos dió la mayor prueba de su amor, dándonos su Hijo unico, el solo objeto digno de satisfacerla, para que á costa de su sangre nos restituyese los derechos perdidos: que le anunció, le prometió, le preparó los caminos, le llenó de su virtud omnipotente, para que hiciera milagros, y comunicara el mismo poder á sus discípulos: que este Hijo único, su Verbo, por quien se hizo todo, el Criador de cielo y tierra, por obediencia á su Padre, y por amor á los hombres vino á la tierra: que las profecías se cumplieron: que los milagros se ejecutaron; y que á pesar de tanta luz, de tantos esfuerzos divinos, y de tantos sacrificios del Hombre Dios, hay hombres que por una torpe indiferencia no se dignan de saber estas verdades, y hombres que por la ceguedad de sus pasiones se obstinan á no creerlas; ¡pero ay! no por eso de-